

El debate político entre los enfoques marxistas, posmarxistas y posmodernos

Hernán Fair

1. Introducción

Uno de los grandes problemas que limita en la actualidad el necesario accionar sociopolítico en el amplio e indeterminado campo de lo que se conoce como el pensamiento de izquierda, es la parcelación social de una pluralidad de posiciones teórico-políticas. Más allá de la evidente fragmentación y segmentación social generada por décadas de aplicación de reformas neoliberales, que han potenciado la ruptura de los colectivos sociales y la homogeneidad identitaria que dominaba durante la posguerra, en este trabajo queremos hacer mención a aquellos impedimentos que limitan el pensar y accionar teórico y político. Partimos de la base, junto con Marx, que toda acción implica necesariamente la necesidad de transformación radical de la sociedad. De este modo, el análisis de la teoría no puede actuar desligado de una necesaria praxis política transformadora de la realidad social. Hasta aquí, parecieran no existir grandes desacuerdos. Sin embargo, cuando se trata de pensar en proyectos concretos de transformación de las relaciones sociales, aparecen las múltiples divisiones, lo que se expresa tanto en el campo teórico como así también en el campo específico de la praxis más propiamente política (pese a que entendemos que no existe, como hemos señalado, una división tajante entre ambos campos). Centrándonos en el primero de los ejes, aunque con el objeto de repercutir directamente sobre el segundo, es decir, en la política “práctica”, el siguiente trabajo se propone indagar en estas diferencias político-ideológicas con el objeto de señalar algunos elementos que impiden o limitan el desarrollo de una izquierda democrática en Argentina y, de modo más general, en nuestra región.¹ Sin pretender situarnos como dueños de la Verdad absoluta, y aquí luego veremos que no todas las corrientes parecen coincidir en este punto, entendemos que existen, en líneas generales, tres grandes teorías marco que compiten entre sí en la actualidad en el campo de lo que podemos denominar la izquierda democrática: la teoría marxista no tradicional, la filosofía política postmoderna y el enfoque postestructuralista de orientación postmarxista. Aunque los tres enfoques comparten algunos presupuestos básicos, existen, a su vez, algunos temas y concepciones generales acerca de la inteligibilidad de lo social, que los separan fuertemente entre

sí. En el siguiente trabajo analizaremos las diferentes respuestas que brindan estas tres concepciones frente a la crisis de la izquierda revolucionaria. En una segunda etapa, indagaremos en las principales similitudes y diferencias ideológicas que presenta cada una de estas perspectivas teórico-filosófico-políticas. Finalmente, plantearemos, a partir de la incorporación de un marco normativo y prescriptivo, por qué creemos que es en el enfoque posmarxista iniciado por Ernesto Laclau (junto con Chantal Mouffe) a mediados de la década de los ochenta, y complementado en textos posteriores por este mismo autor, en donde puede hallarse la llave que conduzca a la izquierda democrática a superar el actual *impasse* político por el que atraviesa en la actualidad.

2. Los orígenes del debate ideológico en el campo de la izquierda

2.1. *El debate en el seno de la izquierda marxista revolucionaria*

El origen del pensamiento teórico y político en el campo de lo que se conoce corrientemente como la izquierda tiene como ineludible punto central de inicio la teoría inaugurada por Karl Marx a mediados del siglo XIX. Como es sabido, en su famosa Tesis onceava de sus escritos sobre Feuerbach, Marx afirmaba, polemizando básicamente con el idealismo alemán, que durante siglos los filósofos se habían ocupado de analizar y teorizar sobre la sociedad, pero de lo que se trataba a partir de ahora era de transformarla. De este modo, pese a que existieron múltiples antecedentes históricos previos de crítica a los valores que rigen el sistema social vigente desde Sócrates en adelante, la filosofía política marcaría el momento de inicio de lo que se conoce como la inclusión de la praxis política, impidiendo desligar a partir de entonces la teoría (ideas) de la necesaria práctica (acción) política. En el caso de Marx, su teoría filosófica se planteaba un cambio de raíz de la sociedad, un cambio profundo que debía transformar en su totalidad el sistema capitalista dominante, para ser reemplazado por un nuevo orden comunitario no guiado por la “explotación de hombre por el hombre”. Se trataba, por lo tanto, al igual que otras grandes teorías sociohistóricas como las de Weber, Parsons y Durkheim, de una teoría y de una práctica totalizante, en el sentido de que buscaba abarcar todo el rango de posibilidades de la sociedad. En otras palabras, se asumía la defensa de una teoría macroestructural que intentaba explicar la realidad social en su conjunto. Sin embargo, a diferencia de enfoques pesimistas como los señalados, especialmente el enfoque weberiano y su temor a la “jaula de hierro” de la burocracia moderna, la teoría marxista creía posible alcanzar un futuro de felicidad general en el que este tipo de sociedad basada en la explotación de la clase obrera por parte de la clase capitalista, a partir de la presencia de la propiedad privada y la absorción de la plusvalía, llegaría irremediablemente a su fin.²

En las últimas décadas se ha puesto fuertemente en cuestión la posibilidad de alcanzar una teoría total y absoluta que pudiera abarcar una explicación de la sociedad en su conjunto. En su lugar, han emergido teorías más

modestas que se han denominado de alcance medio. Entre ellas, han surgido y se han desarrollado en los últimos años enfoques como la etnometodología y la hermenéutica, la teoría social de la globalización, o incluso la teoría de la elección racional, que se han propuesto comprender (y en algunos casos modificar) la sociedad, sin pretender un cambio de raíz y sin una pretensión totalizante que pueda ser capaz de explicar en su conjunto toda la compleja e inaprensible realidad social.³ No pretendemos analizar aquí las principales características que adquieren estos diversos enfoques emergentes, sino más bien centrarnos en el impacto de las nuevas teorías y la reformulación de las viejas en el campo del pensamiento de izquierda (en sentido amplio). Como hemos señalado, partimos de la base de que la división entre las ideas de izquierda y las de derecha continúa teniendo plena vigencia en la actualidad. En efecto, mientras que los defensores de concepciones de derecha defienden sobre todo la libertad individual como principio rector, los sectores ubicados a la izquierda del espectro político defienden ideas a favor de la igualdad social, la mejora para los sectores más desposeídos de la sociedad y el fin de las diversas modalidades de explotación social. Queda, sin embargo, a partir de allí, un largo e inabarcable campo para definir qué entendemos por igualdad social y defensa de los sectores más desposeídos y cuál debería ser la estrategia política para alcanzar los objetivos propuestos. Es precisamente este punto uno de los grandes debates que han surgido en los últimos años en el seno de las nuevas teorías, especialmente en países como Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Estados Unidos, aunque también en América Latina. Históricamente, la gran división teórica en el campo de la izquierda se ha circunscripto a aquellos militantes y pensadores que defendían al marxismo tradicional u ortodoxo, exigiendo un cambio profundo y de raíz del sistema capitalista, y aquellos reformistas o gradualistas que promovían un cambio gradual y parcial dentro del propio sistema vigente. Mientras que los primeros consideraban que la igualdad social sólo podía realizarse de forma concreta en el sistema comunista o sin clases, por lo que exigían derrocar por la violencia social al sistema capitalista burgués, los segundos, que en la Revolución Rusa eran conocidos como mencheviques, y en Europa se conocerían como socialdemócratas, afirmaban que la lucha política podía realizarse dentro del propio sistema, diferenciando distintos modelos, fases y patrones económicos dentro del cada vez más complejo sistema capitalista y, en algunos casos, exigiendo incrementar la igualdad social dentro del mismo sistema, sin derrocar mediante el uso de la fuerza al régimen dominante. De este modo, podemos observar que ya desde sus inicios existía una primera gran diferencia dentro del campo de la izquierda entre aquellos teóricos que defendían el cambio de raíz del sistema, por considerar que sólo en un nuevo sistema no guiado por la dominación y explotación del capital era posible una verdadera democracia y emancipación humana, y aquellos otros que luchaban dentro del propio sistema capitalista por mejoras sociales graduales y específicas para los sectores populares y trabajadores en general.

No obstante, en las últimas décadas, especialmente a partir del derrumbe del Muro de Berlín y el fracaso del sistema colectivista soviético, la vieja dicotomía reforma-revolución ha perdido en gran medida la fuerza dominante que hasta entonces poseía. En ese contexto, han surgido desde diferentes partes del planeta diversos enfoques heterodoxos o no tradicionales que señalan algunas insuficiencias y posibles modificaciones y/o actualizaciones categoriales a la teoría marxista. En realidad, sin pretender ser exhaustivos, el primero que pondría de manifiesto de manera enfática esta necesaria diferencia entre la tradición revolucionaria, tal como fue planteada por Marx, y la necesidad de pensar en un enfoque político estratégico diferente fue el teórico italiano Antonio Gramsci. Como se sabe, el gran pensador italiano, perseguido en su país por el fascismo de Mussolini, rechazaba de plano la idea del marxismo ortodoxo acerca de la necesidad de luchar violentamente contra el sistema como objetivo *per se*. Aunque mantenía este punto en una segunda instancia, las enseñanzas de las características históricas de Occidente, tal como se presentaban en su Italia natal, situaciones que lo diferenciaban además de las vividas en la Unión Soviética, con una sociedad civil mucho más débil y *gelatinosa*, lo llevaban a pensar que la lucha contra el sistema capitalista en su conjunto debía realizarse previamente a partir de una lucha cultural dentro del seno de la sociedad civil, cuyas complejas y extendidas “trincheras”, eran difíciles de traspasar con el mero derrocamiento físico del orden burgués dominante (Gramsci, 1977, 1984). De todos modos, el fundamento de la base material (economía) quedaba, al igual que en otros enfoques heterodoxos posteriores como el instrumentalismo de Miliband y el estructuralismo poulantziano y althusseriano, e incluso el enfoque superestructural de Voloshinov, como determinante “en última instancia”, del mismo modo que el objetivo de la revolución física para derrocar en su conjunto al orden social burgués. Como destaca Palti (2005), mientras que el “Saber” del marxismo, vinculado a la estrategia teórica de lucha revolucionaria, podía ser reformulado de acuerdo con la predominancia de visiones más historicistas (como el enfoque gramsciano y trotskista), o bien más estructuralistas (como el althusserianismo inicial), siempre se mantenía en pie la “Verdad” del marxismo. Esta “Verdad” inmanente, aun en sus visiones más cercanas a la autonomía de la lucha política (entre ellas, la de Nahuel Moreno y su proclama de “socialismo o barbarie”), confiaba en el triunfo definitivo de la clase obrera (fuerzas sociales) sobre el capital, a partir de la potenciación de las contradicciones del sistema (relaciones de producción), que llevarían, tarde o temprano, a su propia destrucción. En otras palabras, estos enfoques de la izquierda marxista ortodoxa señalaban que la visión acerca de la crisis del marxismo revolucionario, observada, tras la etapa inicial de euforia posterior al triunfo sobre el estalinismo, a fines de los ochenta y comienzos de los noventa, con el fracaso de la experiencia de la *perestroika* y la restauración del capitalismo, en realidad no estaban mostrando la presencia de una “crisis” definitiva y “liquidacionista” de la teoría. Dado que ello significaría poner en

cuestión no sólo el “Saber” de las premisas, sino también la “Verdad” objetiva e indiscutible del conjunto de su teología liderada por el Dios Marx, lo que afirmaban era que sólo se trataba de una crisis parcial y que la “revolución permanente” continuaba vigente su marcha de progreso y evolución hasta la victoria final (Palti, 2005).

2.2. El debate frente a la crisis de la izquierda entre los pensadores pos-marxistas

Los fracasos de los marxismos “realmente existentes”, a partir de la creciente burocratización en la Unión Soviética durante el estalinismo, más la experiencia concreta de la inadecuación de las categorías marxistas en el seno de la izquierda nacional, a partir de la creciente complejidad y fragmentación social, los antecedentes de lucha estudiantil como el Mayo Francés del ‘68 y, en el caso específico de algunos países de América Latina, la particular conformación identitaria del “populismo” peronista y varguista, llevaron a pensadores como el argentino Ernesto Laclau, entre otros, a realizar nuevos interrogantes y a desarrollar propuestas teóricas alternativas.⁴ Así, a partir del surgimiento en el mundo anglosajón de la teoría postmarxista, inaugurada en 1985 por este reconocido pensador (junto a la teórica belga Chantal Mouffe), se comenzará a criticar este “esencialismo” clasista que creía que la lucha política debía centrarse en el aspecto puramente económico, que determinaba en alguna instancia a la praxis política. Del mismo modo, comenzó a ponerse seriamente en cuestión la premisa de la “Verdad” marxista acerca de un supuesto éxito evolutivo y predeterminado del marxismo en su lucha contra la explotación capitalista. Para llevar a cabo esta crítica al marxismo tradicional, que tenía como antecedentes las críticas de Castoriadis y Lefort al marxismo soviético desde la revista “Socialismo o Barbarie”, así como la crítica a la del objetivismo cerrado por parte de la deconstrucción derridiana (Derrida, 1989), Laclau y Mouffe (1987) pondrán de manifiesto una nueva lectura que, desarrollada en particular por Laclau en sus textos posteriores, sostendrá, como hemos dicho, que las categorías acerca de la Verdad del marxismo se hallaban realmente en crisis y debían ser readaptadas a los nuevos tiempos, sin por ello ser abandonadas del todo. En ese marco, retomarán críticamente el pensamiento heterodoxo de Gramsci, aunque rechazando, como pretendía el gran teórico italiano, la posibilidad de que la lucha política se centre en el derrocamiento violento del sistema capitalista como objetivo principal. Es decir, que rechazarán estos autores la posibilidad de realizar una lucha antisistémica, al menos como objetivo político primordial. En su lugar, tomarán una visión reformista que, deconstruyendo y readaptando el enfoque gramsciano a los nuevos tiempos de mayor fragmentación y segmentación social, buscará modificar la situación socioeconómica de las masas populares desde dentro del sistema, a partir de la necesidad de articular discursivamente diversos elementos equivalenciales, hegemonizando, así, el espacio social, a partir de la formación de una “voluntad colectiva” (Laclau y Mouffe, 1987;

Laclau, 1993). Como es posible apreciar, a partir de la noción posgramsciana de hegemonía y de su derivado como proceso de construcción discursiva, existe una recuperación de la contingencia inmanente que permite la revalorización de la acción política y, en particular en textos posteriores, del sujeto político parcial (Fair, 2010). En ese contexto, como destaca Palti, la “solución” que brindarán estos enfoques posmarxistas o de “marxismo posestructuralista” frente a la crisis del marxismo, será una recuperación de la “centralidad de la práctica política” que permitirá reconciliar sus dos principios motores: la lucha de clases y las relaciones objetivas de producción (Palti, 2005: 65). En otras palabras, uno de los grandes aportes de Laclau (inicialmente, junto con Mouffe) será la recuperación de la autonomía (relativa) del sujeto (historicismo de la “lucha de clases”), frente al mecanicismo objetivista (estructuralismo de las relaciones de producción).

2.3. El debate frente a la crisis de la izquierda entre los pensadores posmodernos

No obstante el importante avance político-ideológico en el seno de la izquierda democrática a partir de la absorción de la noción de hegemonía no esencialista por parte del enfoque posmarxista, noción que, debemos decir, es rescatada del propio Gramsci desde el pensamiento leninista (Laclau y Mouffe, 1987), en las últimas décadas ha surgido, casi en competencia en algunos puntos con este tipo de visión posmarxista de carácter posestructuralista, una segunda versión crítica a los postulados teóricos y epistemológicos del marxismo, que enriquecerá, y al mismo tiempo complicará, aún más el panorama en el campo de la izquierda democrática. En efecto, en los años ochenta, en particular a partir del clásico texto de Lyotard (1992) sobre “la condición posmoderna”, emergerá en el campo de las teorías del posfundamento⁵ un nuevo enfoque que tomará el nombre de posmoderno, en razón de su rechazo manifiesto a los valores dominantes de la Modernidad (Razón, Progreso, Ciencia, Sujeto, Religión, Objetividad). Se trataba, básicamente, de una filosofía que señalaba que si durante siglos predominaron las teorías totalizantes, y aquí podemos situar también a enfoques tan diversos como el platonismo, el contractualismo, el liberalismo, el marxismo, el estructuralismo, el hegelianismo, el funcionalismo y las teorías sistémicas y conductistas, de lo que se trataba a partir de ahora era de retomar las ideas originariamente planteadas por la crítica nietzscheana y heideggeriana a la metafísica occidental, para criticar la posibilidad de realizar cualquier tipo de enfoque de la totalidad social. De este modo, el nuevo enfoque emergente, que en realidad tiene algunos antecedentes previos en los análisis culturalistas en el seno del modernismo arquitectónico y estético (Lash, 1997), compartiría con el enfoque posmarxista su rechazo a la presencia de una realidad totalizante en el que pudiera existir algún punto de apoyo a priori de la lucha social. En otras palabras, mientras que en el marxismo, en cualquiera de sus variantes, existía la idea subyacente de que existía un centro o Verdad ontológica, y ese centro se hallaba en la

economía, ya sea como “autonomía relativa” (Poulantzas, 1971), determinación “en última instancia” (Miliband, 1975; Althusser, 1988), o “derivación de la lucha de clases” (Holloway, 1994), para los enfoques postmarxistas y posmodernos no existía ningún tipo de centro social que pudiera tener un privilegio predeterminado en la lucha política. En efecto, como insistirán algunos de sus teóricos más destacables en sus trabajos, a partir de la “muerte de Dios” y del Sujeto cartesiano, tras el fracaso de las experiencias derivadas del iluminismo, ya no podía existir una sociedad “completamente suturada” (Laclau y Mouffe, 1987), “transparente” (Vattimo, 2000) o de la “presencia” (Derrida, 1989). En los términos de la filosofía política, si la Modernidad creía en la presencia de un sujeto omnipresente y trascendental, que en el caso del marxismo era el proletariado industrial, para los nuevos enfoques pos-estructuralistas y posmodernos, el Sujeto con S mayúscula había muerto para siempre (Deleuze, 1991; Lyotard, 1992).

No obstante, esta crítica compartida al Sujeto pleno de la Modernidad, a partir de este acuerdo en la ausencia de un centro ontológico que pudiera explicar todas y cada una de las cuestiones sociales y llevara inevitablemente a la sociedad a un futuro de igualdad y libertad y, por lo tanto, de felicidad plena para todos los hombres, pronto hará surgir un nuevo conflicto y separación interna en el seno de los debates de la izquierda democrática. La vieja pregunta de Lenin sobre “¿qué hacer?” frente a los cambios acontecidos a nivel mundial producidos en los últimos años, resurgía como un fantasma que exigía una respuesta novedosa. En el caso del marxismo, estos cambios, que comenzaban a hacerse presentes con fuerza a comienzos del siglo XX, con el desarrollo de la industrialización y urbanización social, llevaron inicialmente a la reformulación gramsciana del concepto de hegemonía leninista, en un intento de trascender el cerrado círculo de clase del marxismo (Laclau y Mouffe, 1987). De este modo, a partir de la necesaria formación de un “bloque histórico” que solidificara una “voluntad colectiva”, se dejaba a un lado la idea mecanicista que llevaría inevitablemente a la revolución social proletaria, en pos de la necesaria lucha político-ideológica en el seno de la compleja sociedad civil (Gramsci, 1977, 1984). Sin embargo, como señalamos, en estos enfoques no tradicionales aún continuaba presente un resabio esencialista derivado de la idea de lucha revolucionaria dirigida por la clase obrera y la determinación económica en última instancia, así como una Verdad acerca del triunfo final de la revolución socialista, una cuestión que el marxismo no terminaría de solucionar para no aceptar el fracaso general de su cosmovisión teológica (Palti, 2005). En dicho marco, señalamos que el posmarxismo de autores como Laclau y Mouffe (1987) criticará este reducto de “esencialismo”, este “antagonismo primario” (Veltmeyer, 2006: 3) que también se observará en enfoques heterodoxos y promisorios como el estructuralismo de Louis Althusser (al menos, en su etapa inicial)⁶ y Nicos Poulantzas, el instrumentalismo de Miliband y el derivacionismo de Holloway, además de vertientes más afines, como el “marxismo lacaniano” (Palti, 2005: 108) de Žižek.⁷ En lugar de este

apriorismo económico y clasista, y contra las visiones mecanicistas, Laclau y Mouffe señalarán, como hemos dicho, que la realidad social se hallaba penetrada por la presencia de una contingencia social constitutiva que exigía luchar desde dentro del propio sistema capitalista mediante la promoción de múltiples antagonismos que permitan alcanzar lo que denominarán la “democracia radical y plural” (Laclau y Mouffe, 1987). En ese contexto, retomando algunos aportes del posgramscianismo y de la pragmática wittgensteiniana, Laclau se referirá a la necesidad de realizar una lucha político-ideológica, una “guerra de posición”, en todos los campos de la sociedad, sin otorgar prioridad a ninguno, al menos previo a una experiencia concreta, histórica y contextualizada (Laclau, 1993).

Los enfoques posmodernos compartirán este presupuesto de crítica a toda idea de totalización o inclusión de un centro ontológico trascendental. En dicho marco, criticarán las derivaciones “prácticas” de las teorías marxistas, defendiendo, al mismo tiempo, la necesidad de que hubiere una promoción de las diversas particularidades multiculturales (étnicas, de género, etcétera) que habían sido rechazadas o ignoradas por los enfoques hegemónicos y ahora exigían su reconocimiento. No obstante, en lugar de pensar en un proyecto ético-político de transformación social colectivo, en su gran mayoría señalarán, siguiendo su herencia nietzscheana de derecha, que la ausencia de toda idea de centro trascendental impedía la presencia de algún tipo de sujeto político, e incluso, en algunos casos, que la realidad social era una cuestión de pura perspectiva y relatividad cultural (Vattimo, 2000), por lo que se requería centrar la lucha en cuestiones particularistas de tipo cultural (feminismo, defensa de la ecología y el medio ambiente, etcétera).

El enfoque posmarxista liderado por Laclau, en cambio, insistirá, sobre todo en sus trabajos más recientes, en los que el sujeto es recuperado de los confines que lo había dejado la todavía influencia inicial del estructuralismo althusseriano y foucaultiano (Fair, 2010), en la necesidad de recuperar el proyecto de transformación de las condiciones socioeconómicas de los “de abajo” (Laclau, 2005b). Así, aunque existen antecedentes de trabajos ya alejados del enfoque pluralista inicial centrado en las “posiciones del sujeto” (Laclau y Mouffe, 1987), y luego en la lógica de la decisión suplementaria derridiana (Laclau, 1993, 2005a), que destacan con fuerza la importancia de recuperar al sujeto (parcial) en el campo de la izquierda democrática (Laclau, 1996, 2003), es sobre todo a partir de su libro *La Razón populista*, donde Laclau (ya separado definitivamente del enfoque agonista de Mouffe), hará mención más detalladamente a la importancia crucial de pensar en nuevas categorías que contribuyan a una praxis política alterna al orden dominante. Así, en este controvertido trabajo, el teórico argentino se referirá a la presencia de un “sujeto popular” que, a partir de un liderazgo denominado populista, logra articular las “demandas sociales insatisfechas” del Pueblo mediante la formación de una cadena equivalencial en torno a un significante vacío que antagoniza con otra cadena externa que niega la propia formación identitaria. En dicho marco,

alejándose definitivamente de toda idea que lo acercara al estructuralismo o a los enfoques posmodernos o “idealistas”, de los que en realidad nunca formó parte plenamente, Laclau afirmará que el líder “populista”, el nuevo sujeto popular, logrará hegemonizar, en sentido posgramsciano, el orden comunitario, a partir de estos significantes aglutinantes de amplios sectores sociales que, sin pretender evitar su inherente particularidad, satisfacen sus diversas demandas existentes en un plano de equivalencia que permite, en cierta forma, universalizarlas⁸ (Laclau, 2005b).

De este modo, podemos observar una nueva gran distinción en el campo de los enfoques de izquierda (en sentido amplio). Mientras que los herederos de la teoría marxista defenderán la lucha contra el sistema burgués, criticando a los enfoques posmodernos y posmarxistas debido a su “renuncia a la necesidad de suprimir el capitalismo”⁹ (Veltmeyer, 2006: 13), los teóricos posmarxistas como Laclau señalarán que se asiste a una inadecuación del Saber y a una muerte de la Verdad marxista en sus diversas variantes, lo que no impedía, sin embargo, pensar en su deconstrucción y reformulación parcial a partir de la lucha hegemónica posgramsciana dentro del propio sistema (si bien recién en los textos más recientes se logrará problematizar este punto con más detalle). Por su parte, los enfoques posmodernos quedarán situados en un punto de rechazo absoluto a la totalización de la teoría marxista, que compartirán con el posmarxismo y el posestructuralismo en general, aunque sin proponer la construcción de una contrahegemonía; es decir, que todos ellos promoverán a su modo la “diferencia ontológica” (Marchart, 2009), aunque sin plantear, al mismo tiempo, una teoría de acción política concertada que permite promover la lucha político-ideológica tendiente a construir nuevas hegemonizaciones parciales alternativas, más allá de la reivindicación de la crítica a la pretensión de formar un centro ontológico por parte del marxismo tradicional y el estructuralismo, tal como era entendido desde que lo había planteado originariamente Levi Strauss.

3. Resumen de los principales escollos teóricos para una praxis política

En resumen, tenemos, entonces, que los enfoques marxistas señalan la necesidad de terminar con el sistema capitalista, aceptando en algunos casos luchar desde “adentro” del sistema a partir de un partido vanguardista (marxismo leninismo) y una organización de clase obrera (trotskismo), aunque siempre señalando los componentes de “clase” o “burgués” de todo orden dominante (piénsese, por ejemplo, en su crítica al “reformismo” del peronismo) y la necesidad de acabar con la explotación capitalista (Borón, 2000; Veltmeyer, 2006), y aquellos enfoques posmodernos y posmarxistas que señalan, o bien, que el sistema no tiene ningún tipo de centro, por lo que la lucha política (en tanto construcción de hegemonías emancipadoras) es inútil más allá de defender las particularidades (Deleuze, 1991; Lyotard, 1992; Vattimo, 2000), o bien que existe un centro y un sujeto parcial, por lo que vale la pena luchar políticamente desde dentro del sistema, aunque sin ningún fundamento

económico en ninguna instancia, más allá de la necesaria lucha ideológica por la hegemonía discursiva del espacio social (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 1993, 1996, 2003, 2005b). Como lo resume Laclau, si el marxismo, al igual que toda la corriente dominante de la Modernidad (platonismo, hegelianismo, marxismo, liberalismo, contractualismo), creía en el Sujeto omnipresente, mientras que el enfoque estructuralista marcó su muerte definitiva, ahora se asiste a la “muerte de la muerte del sujeto”, esto es, “a la “reemergencia del sujeto como resultado de su propia muerte” (Laclau, 1996: 45). En otras palabras, que no hubiere un Sujeto (con S mayúscula), que ya no existiese un “agente privilegiado de la Historia” o una “Diosa Razón”, tal como lo soñaba la Modernidad y sus herederos, no implica que no hubiere ningún tipo de sujeto (error que él mismo había compartido en cierto modo, a partir de su noción inicial de “posiciones de sujeto”), sino que ahora podía hablarse de un sujeto (con s minúscula) que lograba trascender el nihilismo relativista de los enfoques posmodernos, que de este modo quedaban asociados a posiciones en extremo particularistas (Fair, 2010). Desde el enfoque de Laclau, la solución no consiste, entonces, ni en la defensa del puro universalismo de la Modernidad, ni en la defensa del puro particularismo de las filosofías posmodernas. De lo que se trata, más bien, es de reconocer la necesidad de apelar a principios universalizantes desde la propia particularidad, aunque sin pretender nunca alcanzar la universalidad total más que por la vía de la hegemonía discursiva del espacio social comunitario (Laclau, 1996, 2003, 2005b).

Es precisamente a partir de esta crítica que realiza Laclau a toda idea de totalidad, intentando trascender la plena defensa de la particularidad en una propuesta de universalidad hegemónica contingente que recupera al sujeto con s minúscula, y que además deconstruye varias nociones de la lingüística estructuralista de Saussure y retoma muchas de las críticas al estructuralismo y a la metafísica platónico-hegeliano iniciadas por Derrida (1989), que suele hablarse de su enfoque como de un posestructuralismo posmarxista, o bien de un “marxismo posestructuralista” (Palti, 2005: 89), para diferenciarlo de los tradicionales enfoques filosóficos de la posmodernidad. A partir de ahora, ya no existe un enfoque cerrado, al estilo estructuralismo o marxismo, pero tampoco existe el puro relativismo de los “juegos del lenguaje” y los “rizomas” sin coordinación de enfoques posmodernos del construccionismo radical como los de Deleuze (1991), Lyotard (1992) o Vattimo (2000). Más bien se trata, como señalamos, de un sujeto parcial que logra generar vínculos universalizantes a partir de la construcción de “significantes vacíos” que trascienden su particularidad originaria, sin perder por ello su especificidad más allá de su constitución imaginaria del orden comunitario; es decir, que se trata de un enfoque político del posfundamento que critica la totalidad social sin trasladarse por ello a su antagónico, en una especie de “universalización relativa” (Laclau, 1996: 97) que produce una “contaminación recíproca entre lo universal y lo particular” (Laclau, 2005a: 172). De este modo, se logra recuperar la parcialidad que defienden los filósofos de la posmodernidad, pero

intentando trascenderla a partir de la búsqueda de una universalidad que sólo es lograda a partir de significantes vacíos (objetos parciales, en los términos lacanianos) que, sin perder su inherente particularismo, logran ir más allá de él para hegemonizar, desde un liderazgo aglutinante, el espacio comunitario (Laclau, 2003, 2005b).

4. ¿Por qué el enfoque posmarxista resulta más adecuado que el posmoderno y el marxista para pensar la praxis política contemporánea?

En esta segunda etapa quisiéramos incorporar de un modo más explícito un marco normativo y prescriptivo que siempre se encuentra implícito en toda teoría. Como señalamos en la introducción, partimos de la base, cuyo punto de apoyo se encuentra ya presente en Marx, de que toda teoría política y social implica y debe implicar siempre un intento de transformar de forma radical la realidad vigente. El dilema, sin embargo, es cómo lograr esa transformación en el campo de la izquierda democrática sin dejar a un lado la defensa de los Derechos Humanos y los particularismos varios que han emergido en los últimos años y sin apartarse del todo de la fructífera e inacabada herencia marxista. Partimos de la base, además, de que no existe ni la neutralidad valorativa, ni la objetividad plena y absoluta. La neutralidad, ya dimos los motivos por lo que no existe. En cuanto a la objetividad, a diferencia de los enfoques marxistas, no creemos que exista algo como “intereses objetivos de clase”, “condiciones objetivas”, o “leyes objetivas de la historia”, o bien una especie de “marxismo científico” no contaminado por los valores y visiones particulares. Como afirmaba el segundo Wittgenstein, que ha influenciado tanto a enfoques posmodernos como el de Lyotard (1992), como a enfoques posestructuralistas de orientación posmarxista como el de Laclau y Mouffe (1987), todo significado se encuentra limitado por un uso práctico que le otorga una significación derivada de su aplicación pragmática. Además, como ya lo había notado Nietzsche hace mucho tiempo, toda realidad social es contingente, por lo que lo que definimos como objetivo, pronto puede mostrar su no objetividad. Dado que siempre existe la posibilidad de que aparezca un “cisne negro”, tal como señalaba Popper en su crítica al método inductivo, más bien deberíamos referirnos, entonces, a una objetividad de tipo parcial. En los términos de Lacan (2008), uno de los antecedentes teóricos de Laclau, toda objetividad no puede ser más que parcial, en tanto se encuentra siempre con posibilidades de ser amenazada por lo Real, aquel elemento que, pese a ser ahistórico, se historiza bajo la forma de síntomas para ponerle límites y mostrar la imposibilidad de constitución plena.¹⁰

Este punto de la discusión parece no adquirir tanta importancia. Sin embargo, nos lleva al último de los grandes debates que diferencian a los tres enfoques. En efecto, dijimos que el marxismo, en todas sus vertientes tradicionales, cree en la objetividad, mientras que el posmarxismo la restringe a partir de la idea de un límite inmanente que pone en cuestión esa objetividad sedimentada. En ese contexto, es importante destacar que, desde

este enfoque, no es que no exista la realidad social externa, como parecen coincidir aquellos teóricos marxistas que creen que en la concepción de Laclau existe un “reduccionismo discursivo” o un “idealismo” kantiano, en el que se produce “la reducción de la realidad al concepto, transformando las cosas en palabras”¹¹ (Veltmeyer, 2006: 5). En realidad, lo que pretende señalar Laclau, en su crítica al objetivismo puro, es que lo que denominamos la realidad social existe como tal, así como existen también todos los objetos que observamos diariamente y también otros no observables pero igualmente presentes, como los números o las ideas. Sin embargo, estos mismos hechos sólo adquieren una entidad significativa dentro de un particular discurso que les otorga un sentido social legítimo (Laclau y Mouffe, 1987). Como ya lo había notado a su modo el primer Barthes a partir de su análisis de los mitos, del mismo modo que Nietzsche y Foucault, los hechos “no hablan por sí mismos”, lo que nos llevaría a defender un discurso tecnocrático de la pura administración anti-política. Para existir, los hechos requieren, en cambio, de la presencia de un sujeto que “los haga hablar”, de un sujeto que los interprete y les otorgue una significación determinada que, a su vez, requiere ser reelaborada como legítima (Fair, 2009b).

El problema que se presenta con las corrientes posmodernas es que, en muchos casos, su crítica al fundamentalismo y universalismo de la Modernidad, directamente los lleva a rechazar que exista algún tipo de realidad social externa. Desde este enfoque “antifundamentalista”, al menos desde su visión más extrema del construccionismo radical, la realidad es una cuestión de pura perspectiva subjetiva, o bien una derivación absoluta del poder político. Como señalaba Nietzsche (1996) en uno de sus clásicos trabajos, “no hay hechos, sólo interpretaciones”; es decir, no es que existen hechos que son a su vez interpretaciones, como lo entiende el enfoque laclausiano, sino que desde este enfoque relativista directamente los hechos sociales (que nunca pueden ser tratadas como “cosas”, tal como pretendía ingenuamente la sociología funcionalista de Durkheim), son una cuestión de interpretación meramente subjetiva, son puras construcciones radicales y relativas cuya determinación resulta imposible de definir por fuera de su “voluntad de poder” que les otorga un sentido e intenta legitimarlos.

A diferencia de estas “posiciones nihilistas”, que tienden a rechazar los rasgos principales de la Modernidad y a “sustituirlos por la simple negación de su contenido, lo que implica continuar habitando el terreno intelectual que aquellos rasgos positivos habían delineado” (Laclau, 1996: 153), desde el enfoque posmarxista de Laclau y Mouffe (1987) se acepta, en cambio, que la realidad social existe, el objeto externo existe como tal, pero requiere siempre del sujeto, que además de interpretarlo, contribuye de manera performativa a otorgarle significación a partir de su enunciación en un contexto determinado por su aplicación. De este modo, nunca se niega la realidad externa, como creen los críticos marxistas (y de allí su acusación a este tipo de enfoques de

idealistas), aunque sí la diferenciación tajante entre el sujeto y el objeto, tal como era definido por toda la larga tradición de la Modernidad.

Al igual que con la noción crítica del Sujeto no cartesiano, que es recuperada parcialmente por los enfoques posestructuralistas de carácter posmarxistas, aquí podemos observar nuevamente, mediante esta sutil diferenciación, la presencia de diversos grados y matices que nos llevan desde la paradójica totalización posmoderna de la ausencia total de objetividad, hasta alcanzar una especie de punto intermedio (si bien nunca es tal) en el que, sin abandonar del todo los valores principales de la Modernidad (libertad, igualdad, justicia, emancipación), pueden pensarse parcialidades que eviten ambos extremos. Se trata, entonces, de dejar de lado la lógica binaria particularidad-universalidad o parte-todo, para defender una universalidad que es parcial, en tanto se encuentra amenazada siempre por la presencia ineludible de la dimensión de lo Real lacaniano, aquel componente estructural que muestra sus límites inherentes y marca sus imposibilidades históricas (Laclau, 2003).

Tenemos, entonces, por un lado, la idea marxista de crítica a todo reformismo que no busque el cambio completo y total de la sociedad, y la idea de que la lucha política ya no tiene sentido, ya que no existen verdades últimas, e incluso, que la propia realidad social es una cuestión meramente subjetiva y relativa que no puede aprehenderse en ninguna de sus formas. Como es sabido, los teóricos marxistas le critican a este enfoque su conservadurismo o funcionalidad al sistema capitalista (véase, por ejemplo, Borón, 1999). Compartimos esta crítica a los enfoques posmodernos, que también es realizada desde enfoques no marxistas, en tanto su nihilismo ético-político los lleva a dejar a un lado la crítica al sistema dominante y la articulación de un proyecto colectivo de transformación social, en pos de la sola defensa de las particularidades, o, directamente, a partir del simple rechazo y denuncia apolítica a todo tipo de totalitarismo o fundacionalismo.

Sin embargo, el problema con esta crítica válida es que muchos teóricos marxistas suelen colocar también en la misma bolsa a los enfoques posmarxistas (al que denominan postestructuralistas, ya que entienden que los posmarxistas son en realidad antimarxistas idealistas), ya sea porque creen que todas sus corrientes son similares en su conservadurismo (como afirma el propio texto citado de Borón), o bien, porque consideran que ambos coinciden en sus presupuestos teóricos (rechazo al estructuralismo, al objetivismo y a la racionalidad del iluminismo) (Veltmeyer, 2006). En dicho marco, como dijimos, el enfoque de Laclau, más que posmarxista sería antimarxista, al dejar a un lado la primacía “objetiva” de la base material (Borón, 2000) y la necesaria lucha contra el sistema burgués capitalista.¹²

Finalmente, las corrientes posmarxistas como las que defiende Ernesto Laclau, critican al enfoque posmoderno (y también a ciertas vertientes posestructuralistas, e incluso algunas neomarxistas) que no buscan la formación de una voluntad colectiva contrahegemónica que, en el sentido (pos)gramsciano, trascienda, en su articulación equivalencial, la pura lucha particularista,

sin retornar por ello al universalismo.¹³ Al mismo tiempo, critican al marxismo tradicional por defender un esencialismo económico y una noción de clase social que ya no tiene presencia ni posibilidad de aplicarse en la actualidad (más bien nunca la tuvo), al tiempo que buscan diferenciarse de las críticas de los propios defensores del marxismo que los igualan con los posmodernos, señalando que la realidad social existe como tal y que la objetividad es sólo parcial, estructurada en cierta forma, pero también con la posibilidad latente de ser desestructurada por la heterogeneidad que, como un equivalente no análogo de lo Real laciano, muestra sus límites intrínsecos (Laclau, 2003, 2005b).

A nuestro entender, el problema que comparten tanto el enfoque marxista, como el posmoderno, además de ser irrefutables en sus premisas “científicas”, es que ambos siguen pensando en lógicas tajantes y binarias. Mientras que los primeros continúan pensando en dicotomías clásicas como reforma y revolución o capitalismo y comunismo, los segundos piensan en la lógica universalismo *versus* particularismo. Sin embargo, como hemos visto, ambas resultan inadecuadas en la compleja realidad actual para promover la lucha política concreta. El marxismo, al no pensar en una lógica de articulación política que trascienda el particularismo apelando a la lucha hegemónica imposible de universalizarse de manera plena y acabada y cuya creación pueda ser fijada de forma apriorista a su construcción discursiva y, por lo tanto, contingente. El posmodernismo, al limitar la lucha política a la mera promoción de las particularidades, lo que, como señala Laclau, no sólo es imposible, ya que toda demanda requiere presentarse como trascendiendo su particularidad para tener éxito a costa de tener que aceptar otras particularidades “reaccionarias” que pueden poner en cuestión sus propia defensa de la particularidad (Laclau, 1996: 53), sino también, y sobre todo, debido a que este tipo de enfoques caen fácilmente en la idea de que como no existe un fundamento “verdadero”, “la sociedad carece enteramente de sentido”. Así, como señalan también los críticos marxistas, “cuestionar la universalidad de los agentes de la transformación histórica conduce con frecuencia a la proposición de que toda intervención histórica es igualmente limitada y sin esperanza” (Laclau, 1996: 153). En otras palabras, el rechazo al totalitarismo y el universalismo de la Modernidad los lleva a defender posturas nihilistas de construcción radical que, pese a no buscarse, resultan conservadoras del orden social.

Finalmente, cabe destacar la crítica postmarxista de Laclau (2005b, 2008: 67-106) a ciertas posturas posestructuralistas que, como las de Badiou y Lefort, entre otros pensadores, reconocen la imposibilidad de la plena universalidad y la contingencia e “indecidibilidad” constitutivas, al tiempo que rechazan las posturas nihilistas que reniegan de la existencia de la realidad externa. Sin embargo, como en las corrientes posmodernas, de quienes buscan diferenciarse, estas filosofías posestructuralistas no gramscianas dejan a un lado la necesidad de pensar en una estrategia política concreta de acción que busque articular a la sociedad de modo hegemónico en torno a significantes

vacíos y cadenas de equivalencias que universalizan la particularidad, sin olvidar por ello la promoción de las diferencias y la pluralidad social. En otras palabras, estos enfoques, entre los que podemos incluir también al racionalismo pragmatista de Rorty y, en cierta forma, a la deconstrucción derridiana¹⁴ (Laclau, 2005a), además de la filosofía de Nancy y de los teóricos de la biopolítica (Agamben, Espósito) y la “multitud” (Virno, Negri, Hardt) (Laclau, 2008), y también, desde otro ángulo, a los teóricos sociales de la “modernización reflexiva” (el último Giddens, Beck) (Mouffe, 2007), colocan el eje de su accionar en la “diferencia ontológica” (Marchart, 2009), lo que, pese a destacar la contingencia e “indecidibilidad” de lo social, los lleva a olvidar o rechazar el desarrollo de una teoría propia de la acción política. Precisamente, uno de los grandes aportes teóricos y metodológicos que propone el enfoque posmarxista de “democracia radical” de Laclau y Mouffe, fieles a su herencia (pos)gramsciana, es que, a partir de la categoría de hegemonía, permiten recuperar la capacidad estratégica de articulación social en torno a ideas aglutinantes (puntos nodales o significantes vacíos) que no se limitan a la mera defensa de los particularismos. De este modo, ya sea en su lógica “antagonista” (Laclau, 1993, 1996, 2003, 2005b, 2008), o bien, “agonista” (Mouffe, 2007),¹⁵ de “posiciones de sujeto” (Laclau y Mouffe, 1987), o del “sujeto parcial” (Laclau, 2005b), en ambos casos es la política y la acción colectiva del sujeto los que adquieren primacía para instituir y transformar de raíz la realidad social.

5. ¿A modo de conclusión?

Sabemos, a partir de los valiosos aportes que nos brinda el posestructuralismo, que cuando existe un diálogo en el que los mismos presupuestos son puestos en cuestión, ese mismo diálogo se vuelve imposible (Laclau, 1996; Ranciere, 1996). Si los defensores del marxismo revolucionario señalan que la igualdad social y la emancipación humana sólo puede alcanzarse dentro de otro sistema y los posmarxistas como Laclau sostienen que la igualdad social y la emancipación, si bien imposible de hallarse finalmente en sentido pleno, puede realizarse dentro del propio sistema (del mismo modo que los liberales creen que la igualdad sólo es entendida como igualdad ante la ley), el diálogo entre enfoques resulta indeterminable y sinsentido. Lo mismo ocurre con la definición de democracia, justamente porque, al no existir una definición “verdadera”, se trata de un significante indecible que puede articularse a múltiples e indefinidas posibilidades concretas. Más difícil se hace cuando los marxistas continúan creyendo en la objetividad “científica” de sus ideas, por lo que concepciones diferentes a su Verdad teológica no pueden ser más que defensas implícitas del sistema de dominación capitalista, o bien, “falsa conciencia” de la “situación objetiva”.

Como no existe un fundamento trascendental de lo social, algo que ya Hobbes, Maquiavelo y Rousseau habían señalado críticamente hace varios siglos, no existe una forma de legitimación absoluta. Sin embargo, como los conceptos

y categorías, en su capacidad ontológica de iterabilidad, se encuentran en constante definición y redefinición, lo que sí podemos hacer es criticar algunas de las premisas no discutidas del marxismo. Más allá de que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe han deconstruido de manera convincente cada uno de los postulados teóricos que caracterizan al Saber del marxismo, mostrando que la noción de clase social y de determinación económica en cualquier instancia, resultan inadecuadas para entender la complejidad de la sociedad capitalista actual, resulta interesante señalar también una nueva crítica que realizan los defensores del marxismo al posmarxismo. Suelen afirmar, además de que su teoría es antimarxista en lugar de posmarxista —olvidando la procedencia trotskista y los largos años de lectura y militancia en aquel tipo de pensamiento por parte de su máximo exponente— que su enfoque es conservador, ya que no busca realizar un cambio de raíz de la sociedad, entendiendo por ello la necesidad de luchar contra el sistema capitalista en su conjunto, en tanto la “plusvalía” y la explotación siempre se encuentran presentes en todo orden social dominante, por mas “progresista” que se presente. Frente a ello, pueden expresarse dos críticas. En primer lugar, parece más conservador, tal es la crítica que le hacen ellos mismos a los enfoques posmodernos/posmarxistas, pretender un cambio que se presenta como transformación de raíz del sistema capitalista... o bien nada, en vez de luchar de forma concreta por modificar las múltiples desigualdades y formas de explotación existentes en el presente. Laclau y Mouffe (1987) han destacado, en ese sentido, que la estrategia de lucha política debe ubicarse como antagónica de toda forma de explotación y de opresión social, lo que los acerca a un socialismo democrático. Si bien somos conscientes que esta crítica no pone en cuestión los lineamientos principales que definen al discurso marxista más ortodoxo y dogmático, en tanto este se basa, como lo ha analizado Palti (2005), en una Verdad inconvencible que parte de la creencia en los postulados científicos del Dios Marx y sus “leyes objetivas” del capitalismo, debemos tener en cuenta que siempre existen límites reales a todo discurso. Más allá de que epistemológicamente el marxismo dista de ser “científico”, en tanto para ser tal se requiere cierta base empírica que no incorpore continuas hipótesis *ad-hoc* cada vez que la teoría falla en la práctica concreta (y similar crítica podemos hacer a la ideología del neoliberalismo),¹⁶ debemos tener presente, para pensar la praxis política contemporánea, lo que entendemos fue cierto error estratégico que llevaba consigo el Mayo Francés del ‘68. Como es sabido, una de las principales premisas de los manifestantes era que “Seamos realistas, pidamos lo imposible”. Resulta muy atrayente esta consigna, ya que permite trascender el posibilismo dominante conservador para pensar y construir nuevas alternativas ajenas a lo dado como posibilidad concreta por el poder político. En efecto, si la política es definida, tal como solía hacerlo el ex presidente argentino Carlos Menem en sus discursos, como el “arte de lo posible”, actuar racionalmente es atenerse a sus posibilidades. En dicho marco, como lo ha analizado en un excelente trabajo Emilio De Ípola (1997), actuar racionalmente impide “encontrar una

respuesta novedosa” más allá de lo propuesto por el discurso hegemónico. Es por eso que, como lo ha destacado en uno de sus valiosos análisis Slajov Zizek (2003b), debemos exigir al poder lo imposible, lo que no es visto como posible desde el discurso dominante, debemos romper la racionalidad del orden policial, para citar a Ranciere (1996). Sin embargo, el error estratégico que puede derivarse de esta propuesta voluntarista es creer que exigir lo imposible es poder exigir que todo sea posible. En efecto, debemos tener en cuenta que no todo es posible. Lo que ignora precisamente esta famosa consigna revolucionaria es que existen límites estructurales, el primero de ellos es la propia muerte, tal como lo había notado Heidegger, que muestran que el ser, el Dasein, es en realidad un ser arrojado en la existencia para la muerte, que la existencia tiene como frontera necesaria la inexistencia, imposible de franquear si seguimos la línea antimetafísica. Estos límites determinantes siempre han buscado ser eludidos, así como Lacan (2008) señala que lo Real busca ser forcluido de diversos modos en el campo de lo simbólico mediante las construcciones imaginarias. Sin embargo, el propio Lacan ha señalado que debemos aprender a convivir con estos límites, que debemos aceptar que la falta es estructural. Este “mundo sin límites” tras la caída del Sujeto pleno de la Modernidad no implica, entonces, como bien destaca Lebrun (2003), la búsqueda de un nuevo Padre autoritario que nos garantice un marco de protección y seguridad ontológicas frente a los avatares de la vida. Tampoco puede implicar, ni mucho menos, un retorno a la superioridad totalizante de la Ciencia, con su expresión elitista en el discurso tecnocrático, que busca suplir esta falta Real haciendo creer que los límites no existen más y la libertad del hombre es absoluta. Se trata, más bien, de dar cuenta de ciertas limitaciones estructurales que impiden pensar en el voluntarismo extremo, que bajan los pies a la tierra e impiden trascender la estructura constitutiva del Dasein.

Ahora bien, esta imposibilidad de trascender ciertos límites estructurales, no implican, como intentamos mostrar, la caída directa en el nihilismo constructorista posmoderno. Como hemos señalado, la defensa de un enfoque posmoderno de la pura particularidad lo único que consigue, en su rechazo crítico al universalismo totalizante de la Modernidad, es legitimar la quietud conservadora del orden social existente. Al no articularse de forma equivalencial en busca de objetivos políticos cuasi-trascendentales (igualdad, libertad, paz, justicia), aun sabiendo que son imposibles de ser alcanzados de forma definitiva, la corriente filosófica posmoderna termina, de un modo similar a cierta postura posestructuralista que reniega de la herencia gramsciana y su noción de articulación hegemónica, en una defensa aislada de las diversas particularidades. Como es posible apreciar, esta lógica política de la mera defensa de la particularidad multicultural, al no pensar en el Estado como un articulador que reconoce e integra sus demandas sociales insatisfechas, termina en un conservadurismo que legitima, sin quererlo, al sistema dominante, dejando todo tal como está, a pesar de criticarlo y marcar sus límites inmanentes. Pero entonces, se nos puede replicar: ¿se trata de defender un

cinismo? En cierta forma sí, ya que, como bien afirma Žižek, no existe la posibilidad de alcanzarse una totalidad, una universalidad inmanente que permita un mundo feliz y en armonía para todos. Hay que aprender a convivir con la falta, nos decía Lacan en su Seminario sobre la “Ética del psicoanálisis”. Sin embargo, que existan límites estructurales a la acción humana, que las restricciones de la estructura siempre se encuentren presentes, no implica el retorno nuevamente a las determinaciones objetivas del marxismo. Más bien, la imposibilidad de la plena universalidad y los límites a la pura subjetividad ilimitada, abren el paso a la contingencia y, junto con ella, a la emergencia de un nuevo sujeto parcial que se inscribe críticamente en la dialéctica sujeto-objeto para recuperar la acción política concertada, a partir de la construcción discursiva de las identidades. Algo que parece no entender el enfoque marxista, en ese sentido, es la posibilidad ontológica que nos brinda el lenguaje de ser performativo, tal como lo había notado en su momento John Austin (1998) con su “teoría de los actos de habla”.¹⁷ El orden significativo, y el ejemplo primordial es la promesa, tiene la capacidad (siempre bajo ciertas condiciones) de performar una nueva realidad a partir de su simple enunciación. De este modo, no hay que subordinarse a lo meramente existente, sino crear y producir nuevas posibilidades, nuevos e infinitos inicios que trastocan lo dado como inevitable, correcto y razonable por el orden social dominante. En otras palabras, el poder que tienen las ideas expresadas bajo la forma del discurso articulado reside en su capacidad potencial de trascender la racionalidad política impuesta por el sistema hegemónico, para generar nuevos proyectos políticos alternativos de emancipación social. Estos proyectos, sin embargo, no están determinados de antemano, ni siquiera son los que están presentes en la “oferta” del ahora, y mucho menos, pueden pensarse en una evolución hacia un éxito seguro. Como destaca Palti (2005), lo que no cesa de subrayar el marxismo posestructuralista es que ya no hay Verdad de la Verdad. En términos lacanianos, que no hay “un Otro del Otro”, un afuera del lenguaje (Lacan, 2008). En ese contexto, si la utopía de emancipación humana existe y existirá por siempre es porque permite pensarse como una performatividad que se construye cada día y permite reconfigurarse hacia el futuro, esto es, permite constituirse y reformularse performativamente a partir de su nominación. A partir de Derrida (1995), podemos afirmar que la utopía, del mismo modo que la revolución, es una utopía “por venir”, una promesa inacabada en cuyo mero decir, se logra construir su hacer, al contribuir performativamente a hacerlo realidad. Así como Rousseau señalaba hace tiempo que los hombres “nacen libres e iguales”, sin que nunca pudiese hacerse realidad absoluta lo que decía, así como el genio de Marx dividió a la sociedad en dos clases sociales antagónicas e irreconciliables, performando una nueva realidad a partir de su enunciación y modificando para siempre el curso de la historia, se pueden y deben construir nuevas promesas, nuevas e indefinidas utopías hegemónicas de igualdad, libertad y fraternidad. Si bien nunca serán alcanzadas en su totalidad, lo que implicaría un tipo de sociedad

plena o transparente que resulta imposible por definición, la performatividad de estas utopías por venir, acompañada por la lucha coherente e integral por un proyecto político de articulación común, permiten olvidar que el horizonte es infinito e imprevisible, recordando, al mismo tiempo, con Galeano, que uno puede acercarse a la meta mientras camina. Este trabajo no ha pretendido más que contribuir a marcar el camino en esa línea, alumbrando en el presente, el porvenir a construir.

Notas

¹ Entendemos que, lejos de haber desaparecido las diferencias ideológicas, las ideas de izquierda se encuentran vinculadas, a grandes rasgos, a la demanda de igualdad económica y social y el respeto de los Derechos Humanos, mientras que las ideas de derecha se encuentran más cómodas defendiendo valores vinculados a la libertad y seguridad de los individuos. Cabe destacar, además, que hemos dejado a un lado a la izquierda marxista tradicional u ortodoxa, al entender que un proyecto de izquierda democrática sólo puede ser pensado alejado del extremismo y cerrazón que caracterizaron históricamente a este tipo de teorías, tanto en el plano más propiamente teórico, como así también, y sobre todo, en la experiencia “realmente existente” (en particular, durante la trágica experiencia estalinista).

² Debemos señalar que no existe un consenso generalizado sobre la afirmación que señala que Marx creía en un futuro de felicidad y paz social absolutas, alcanzado a partir de la eliminación de la propiedad privada y de las clases sociales antagónicas. En este trabajo, sin embargo, hemos tomado partido por la interpretación “finalista” del marxismo, siendo deudores del ya clásico trabajo crítico de Laclau y Mouffe (1987).

³ Cabe destacar, en ese contexto, los aportes de Bourdieu desde la sociología cultural y los de Giddens desde su particular “Teoría de la estructuración”.

⁴ Cabe mencionar que aquí nos centraremos en algunos aportes generales del posmarxismo, tal como fueron desarrollados por la teoría política de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en su texto fundacional de 1985 (publicado en 1987 en español) y luego complementados especialmente por aportes posteriores de Laclau. De este modo, dejaremos de lado contribuciones cruciales del posestructuralismo (en sentido amplio), como los de Derrida, Ranciere, Zizek, Badiou y Butler, entre otros. Muchos de estos aportes, de todas maneras, han servido de base para el propio enfoque de Laclau (véase PALTÍ, 2005: 87-130). Acerca de los postulados teóricos de la perspectiva que expondremos a continuación, véase ABOY Carlés (2001). Hemos trabajado también algunas de estas cuestiones en FAIR (2009a, 2010).

⁵ Esta categoría debe su razón de ser a su crítica a toda idea de fundamento trascendental del orden social, tal como era entendido por los teóricos modernos y premodernos. Para una aplicación general del mismo, véase MARCHART (2009).

⁶ Decimos etapa inicial, ya que algunos trabajos recientes han destacado un cambio de registro en su teoría a partir del Mayo Francés que, al igual que en el enfoque de Lacan, lo acercaría al posestructuralismo.

⁷ Los debates ideológicos con Zizek, con quien inicialmente compartía un marco teórico y epistémico, se inician en su última etapa (véase LACLAU, 2003, 2005b; ZIZEK, 2003a, 2003b). Un análisis que resume este tensionado vínculo puede hallarse en PALTÍ (2005: 108 y ss.).

⁸ Se presenta aquí presente un problema, que no podemos desarrollar, pero que se relaciona con la noción parcialmente indeterminada de populismo de Laclau (en tanto constituye un elemento formal en su teoría) que pensadores como Barros,

desde la teoría de Ranciere, han intentado subsanar a partir de la idea de una “inclusión radicalizada” de “los de abajo” (véase BARROS, 2006).

⁹ Refiriéndose al enfoque postmarxista, Veltmeyer afirma: “es esto lo que Laclau y Mouffe piden: en lugar de socialismo, ellos proponen una forma radicalizada de democracia que, luego de todo lo dicho y hecho, no requiere ni predica una transformación social del actual “sistema”. En dicho marco, ambos autores “comparten la tesis enunciada por Francis Fukuyama y la Nueva Derecha, según la cual el capitalismo marca el capítulo final de la historia humana” (VELTMEYER, 2006: 13-14).

¹⁰ Las vinculaciones entre la teoría política de Laclau y los aportes del psicoanálisis lacaniano (en especial, a partir de las formulaciones de Zizek) han sido trabajadas en detalle por el excelente trabajo de Yannis Stavrakakis (2008).

¹¹ “En la versión sociológica y renovada del idealismo trascendental de Laclau, el discurso mismo es construido como esencia de lo real al definir su significado y darle su forma. Los datos objetivos o el mundo ya constituido —incluyendo la historia actual de la lucha de clases— es un proceso transformado a una lógica discursiva y su carácter conflictivo, establecido por Marx no mediante la lógica, sino por el análisis de las condiciones históricamente dadas, es disuelto” (VELTMEYER, *op. cit.*, p. 5).

¹² En palabras de Veltmeyer, “Laclau y Mouffe son muy concientes de que tal profundización y extensión de la ideología dominante no puede escapar de las condiciones y los límites del funcionamiento del sistema capitalista y de su articulación con una estructura de dominación y explotación basada en la clase”. Según el pensador marxista, “El efecto -si bien no es el propósito conciente de esta disputa-, es aislar e indeterminar la base social para un cambio social fundamental, quitándole una de sus más importantes herramientas política e intelectual: el marxismo” (VELTMEYER, *op. cit.*, pp. 14-15). Una crítica similar puede hallarse en el trotskismo de Anderson, quien llega, incluso, a asociar postestructuralismo y posmodernismo con idealismo conservador (véase PALTÍ, 2005: 49-52).

¹³ En efecto, en textos recientes Laclau (2005b, 2008) le critica a enfoques posestructuralistas como el de Lefort y su noción de “casillero vacío” y Badiou y su “lógica del acontecimiento”, que no tengan en cuenta la necesidad de realizar una estrategia concreta de articulación social en torno a significantes vacíos que permitan hegemonizar el espacio comunitario. Del mismo modo, se opone al enfoque neomarxista de Hardt y Negri, quienes sostienen que el concepto central de la teoría política es el de multitud (criticado desde el marxismo por Borón -2002- debido a la ausencia de un centro en el que se concentra el poder político-económico) por dejar de lado la necesaria articulación hegemónica entre demandas sociales equivalenciales del Pueblo. Finalmente, cabe mencionar en este campo a Holloway y su particular teoría antileninista, autonomizada tanto de la toma revolucionaria del poder, como de la lógica de articulación hegemónica.

¹⁴ Pese a que debemos reconocer en este autor una interesante crítica al neoliberalismo y una simultánea recuperación del componente ético-político en su “democracia por venir” y su categoría de “espectros” de Marx (véase Derrida, 1995).

¹⁵ La lógica “agonista” de Mouffe se diferencia de la meramente antagonista, en el sentido de limitar o “sublimar” (sin eliminar nunca) la pura lógica del antagonismo

“Amigo-enemigo” que desde Schmitt caracterizara a lo político. De este modo, en lugar de pensar al “Otro” como un enemigo a destruir, se lo considera como un adversario (véase MOUFFE, 2007).

¹⁶ En el caso del marxismo, el fracaso de consignas políticas como “cuanto peor mejor”, resumen bien estas lógicas deterministas y mecanicistas que los han llevado a incorporar afirmaciones tales como que “no están dadas las condiciones objetivas” y luego a agregar, frente a nuevos fracasos de la teoría, diversas cuestiones semánticas, como “determinación en última instancia”, “autonomía relativa” y otras similares que les permiten “salvar” la presunta científicidad incuestionable del marxismo.

¹⁷ Así, Veltmeyer (2006) le critica al enfoque de Laclau que exista una realidad previa al discurso que lo constituye y le otorga entidad. En sus palabras, lo que este enfoque “no llega a comprender es que las luchas históricas de los pueblos y las clases contra la opresión y la explotación, por lo general, preceden a la aparición de un discurso teórico pertinente (explicativo) o a un discurso ideológico (políticamente movilizador)”. Sin embargo, como señala Austin (1998), la capacidad que tiene el lenguaje es la de crear esa realidad a partir de su mera enunciación. En ese marco, no existe una realidad prediscursiva, un “metalenguaje”, tal como ha sido criticado en detalle, entre otros, por el psicoanálisis lacaniano (véase LACAN, 2008).

Bibliografía

- ABOY, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- ALTHUSSER, Louis (1968), "Contradicción y sobredeterminación", en *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, pp. 97-141.
- AUSTIN, John (1998), *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.
- BARROS, Sebastián (2006), "Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista", en *Estudios Sociales*, vol. 16, núm. 30, pp. 145-162.
- BARTHES, Roland (1991), *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BORÓN, Atilio (1999), "El marxismo y la filosofía política", *Artigos. Revista de crítica marxista*, pp. 69-94.
- _____ (2000), "¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau" [1996], en *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, CLACSO y FCE, pp. 73-102.
- _____ (2002), *Imperio e imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, CLACSO.
- DE ÍPOLA, Emilio (1997), *Las cosas del creer*, Buenos Aires, Ariel.
- DELEUZE, Gilles (1991), "Postdata sobre las sociedades de control", en C. FERRER (comp.), *El lenguaje literario*, Montevideo, Nordan.
- DERRIDA, Jacques (1989), *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos.
- _____ (1995), *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta.
- FAIR, Hernán (2009a), "Arendt, Laclau, Rancière: Tres teorías filosóficas de la política para pensar, comprender y modificar el mundo actual", en *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, pp. 95-114.
- _____ (2009b), "Contribuciones desde el posestructuralismo lacaniano al debate epistemológico sobre la objetividad y la neutralidad valorativa", *Revista de Filosofía*, núm. 63, vol. 3, Venezuela, pp. 35-63.
- _____ (2010), "El estatuto del sujeto en la teoría posestructuralista de Ernesto Laclau", en Z. DÍAZ Montiel y Á. Márquez Fernández (comps.), *Justicia social emancipadora, democracia ciudadana y crisis del Estado*, Buenos Aires, Aleph-Insumisos Latinoamericanos.
- GRAMSCI, Antonio (1977), *Cuadernos de la cárcel*, México, Juan Pablos editor.
- _____ (1984), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- HOLLOWAY, John (1994), "La ciudadanía y la separación de lo político y lo económico", en *Marxismo, Estado y capital. La crisis como expresión del poder del trabajo*, Buenos Aires, Tierra del Fuego.
- LACAN, Jacques (2008), *Seminario XX: Aun*, Buenos Aires, Paidós.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1987), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE.
- _____ (1993), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- _____ (1996), *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.

- _____ (2003), "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek (comps.), *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México, FCE.
- _____ (2005a), "Desconstrucción, pragmatismo, hegemonía", en AA.VV., *Desconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires, FCE, pp. 97-136.
- _____ (2005b), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- _____ (2008), *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, Buenos Aires, FCE.
- LEBRUN, Jean Pierre (2003), *Un mundo sin límite. Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*, Barcelona, Del Serbal.
- LYOTARD, Jean Francoise (1992), *La condición posmoderna*, Buenos Aires, Amorrortu.
- MARCHART, Oliver (2009), *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires, FCE.
- MILIBAND, Ralph (1975), *El estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI.
- MOUFFE, Chantal (2007), *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.
- NIETZSCHE, Friedrich (1996), *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos.
- PALTI, Elías (2005), *Verdades y saberes del marxismo*, Buenos Aires, FCE.
- POULANTZAS, Nicos (1971), *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- RANCIERE, Jacques (1996), *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- STAVRAKAKIS, Yannis (2008), *Lacan y lo político*, Buenos Aires, Prometeo.
- VATTIMO, Gianni (2000), "Posmoderno, ¿una sociedad transparente?", en B. ARDITI, *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 15-22.
- VELTMEYER, Henry (2006), "El proyecto posmarxista. Aporte y crítica a Ernesto Laclau", *Theoria*, núm. 14.
- ZIZEK, Slavoj (2003a), "¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!", en J. BUTLER, E. Laclau y S. Zizek (comps.), *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México, FCE, pp. 95-140.
- _____ (2003b), "Da Capo Sensa Fine", en J. BUTLER, E. Laclau y S. Zizek (comps.), *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México, FCE, pp. 215-262.

Recepción: abril de 2010

Dictamen aprobado: noviembre de 2010